

pero aquí quedó la muerte tan amable y apetecible, como la ganancia; y la amarillez suya, que la hacía fea y horrible, ya es color de oro, que alegra el corazón. Ya dice la Esposa: «Herida estoy de muerte; pero no la muerte, sino el amor me hirió». ¡Oh Padre beatísimo, dejemos las enfermedades y dolores, en que tan parecido fuísteis á Cristo, y vengamos á contemplar esas cinco llagas que hizo en vos el amor! ¿Qué os falta para estampa de Cristo? El dijo, hablando con San Felipe: «El que á mí me ve, ve á mi Padre». ¿Por ventura no podrá decir eso mismo de vos? ¿Quién mirará á San Francisco llagado, que no se acuerde luego de Cristo crucificado? Sino que hay en ello de consideración, que Cristo sin llaga mortal muere, y vos, con herida penetrante en el pecho, vivísteis dos años más, y ambos son efectos de amor: á Cristo mata y á vos os conserva vivo. En Cristo pareció milagro, y lo fué, morir tan de prisa; murió con voz grande y esfórzada, y envió el espíritu, que no es como los que mueren de ordinario, que de flacos no pueden respirar ni detener el alma, aunque quieren, como dijo el Sabio. Y en vos fué también milagro, pues con llaga penetrante nadie puede naturalmente vivir mucho tiempo. Y es el secreto, que de la muerte de Cristo resultaba

el desenojo de Dios, enojado con el mundo; el remedio de los hombres, el despojo del infierno y todo el bien de las almas; y así se dió prisa el amor á matarle, porque es recio caso tener á Dios enojado ni por un instante. Mas en vos, santísimo Padre, el morir despacio era acrecentamiento de merecimientos y re-formación del mundo y renovación del misterio de nuestra redención, que ya estaba borrado de la memoria de los hombres. Así dijo un Pontífice romano, viendo el Cuerpo de este Santo llagado: «Si la fe se perdiese, bastaría sacar esta estampa de Cristo crucificado por el mundo, para cobrarse y volver á su punto».

§ VIII.

DISCÍPULO. ¡Oh, quién llegara á mirar de cerca aquel corazón de nuestro Padre San Francisco, por aquella ventana que le hizo el amor!

MAESTRO. Luciano cuenta, en un Diálogo suyo, de un Momo que puso falta en la fábrica y compostura del hombre; porque, á su parecer, había de tener una puerta ó ventana en el pecho por donde le pudiesen ver el corazón, para que no hubiese doblez ni engaño en él: y engañóse el necio; porque en el co-

razón del hombre se fraguan tantas torpezas, vanidades y locuras, que si se manifestaran no se pudiera vivir entre gentes. Un portillo mandó Dios á Ezequiel que abriese en el templo, que es el alma, y vió dentro tantas abominaciones y suciedades, que fué necesario volverlo luego á cerrar. Al fin, corazón donde manan aquellos ríos de Babilonia, malos pensamientos, hurtos, homicidios, etc., ¿qué hay sino tapanlo á piedra y lodo? Bien supo Dios lo que hizo en guardarle tan guardado y esconderle donde nadie le pudiese ver, y de tal manera, que el parecerse y el morir fuese todo uno. El corazón de Cristo, que en los pensamientos no tuvo semejante, corazón puro, casto, leal y amoroso, ese fué bien que se abriese, que por eso le hizo puerta el amor, para que se vean todos sus pensamientos. Abrió, dice el Evangelio, la lanza su costado. No dice rompió, sino abrió. Puerta es, y licencia tenemos para acercarnos á mirar por allí los pensamientos de Dios.

DISCÍPULO. De esa manera también podremos llegar á ver el de nuestro Padre, pues que el amor le tiene hecha puerta como al de Cristo.

MAESTRO. Muy bien puedes, hijo mío, con la atenta consideración, que el que le abrió puerta da licencia para que le vean todos los

que quisieren. Casto es, limpio, amoroso, leal, ajeno de toda inmundicia, lleno de toda pureza celestial, y paraíso de los deleites de Dios. Allí se pasea el divino Esposo, y hace ramilletes de olorosos y santos pensamientos. Imperfección fuera estar este corazón escondido, mientras que con ventana no hay más que desear. Esta fué la última mano que puso Dios en este retrato suyo, y con la cual quedaron seguras y selladas las mercedes hasta aquel punto recibidas. Y creo cierto, que como le hizo tan parecido á sí en la vida y en la muerte, lo es ahora en la gloria.

DISCÍPULO. El Señor te la dé, y te consuele, que así has regalado mi espíritu con ese tan dulce, sabroso y sabio discurso.

MAESTRO. Dios nos deje sentir en nosotros lo que en Cristo Jesús, como lo pide el Apóstol; que por sentirlo nuestro Padre San Francisco, llegó al punto que has visto: llegó á ser otro Cristo del amor. Para esto te aprovechará grandemente saber las causas que da Hubertino de Casal, del crecimiento de las angustias y congojas del Redentor; las cuales te quiero referir aquí, sucintamente y con la brevedad posible, porque se nos va haciendo tarde. Tuvo, dice Hubertino, lo primero una representación viva de la cruelísima muerte que había de padecer; tan viva, que de la

manera que en el hecho padeció, se le representó, é iba pesando los dolores, las afrentas, los malos tratamientos y el despedirse el alma del cuerpo, con todo lo demas de esta lamentable tragedia, como ello era. Lo segundo, el desamparo de que ya hablamos arriba; aquel dejar Dios la humanidad sola y expuesta á tantos y tan crecidos tormentos. Representásele, lo tercero, la obstinación y dureza endemoniada de los judíos, y la ingratitud de muchos á tanto beneficio; y que la mayor parte de los hombres, por quien tan amarga suerte sufría, se habían de condenar, y que sus trabajos, cuanto á aquéllos, eran en vano. Al fin el sufrimiento de su alma fué tan grande, cuanto era grande el amor que tenía á Dios y al prójimo. Tanto se dolió de las injurias hechas contra Dios, y de la perfidia del hombre injuriador, cuanto amaba á Dios y á los hombres. De manera, que el dolor en Cristo se ha de medir y regular con el amor, que, como bien saben todos, nadie se duele si no ama, y tanto se duele como ama. Pues si, por razón de la unión divina, Cristo amaba al Padre lo que no puede estimarse, sumamente, y al prójimo, por el cual moría, bien se puede colegir, que en cuanto pasible, fué inestimable el dolor, pues que el amor no tuvo medida. Esta es una razón admirable, y que engrandece

lo que es posible los dolores en Cristo, y más todavía si le juntas que recogió en sí todos los pecados cometidos y cuantos se habían de cometer hasta el fin del mundo, para satisfacer por ellos cuanto á la suficiencia; porque de esta suerte se llama y es Redentor de todos. Y porque era viador y comprensor, conocía todos los pecados juntos con más claridad y distinción que tú puedes conocer uno solo; y cualquier pecado mortal, respecto del ánima del dulcísimo Jesús, fué como una cruz con cinco clavos agudísimos, que cada vez que se le representaba, ó cometido ó que se había de cometer, le hacía de un golpe cinco mortales llagas; por lo cual quedó en su cuerpo con ellas. Mostrando por aquí que quien mortalmente peca, de nuevo le crucifica su alma, resucitando en ella las causas de su muerte. Fuera de esto, y sea la cuarta razón de su pena, sintió en sí mismo, no sólo los tormentos de los mártires, sino también los trabajos, penalidades, dolores, angustias, confusiones, escarnios y aprietos interiores y exteriores de todos los justos, cuya cabeza era; compadeciéndose de ellos en ellos, como amigo verdadero, porque los amó como á su misma vida, como quien finalmente la ponía por ellos; y así padeció juntamente con ellos, para que sus pasiones fuesen llevaderas y de

provecho. Y así es, que el desconsuelo de Cristo en sus pasiones es el consuelo del martir en las tuyas. La última causa es para muy á solas, y para cuando de propósito escribamos de Pasión, si el que padeció por nosotros así lo dispusiere. Fué la vista de la afligidísima Madre, que al pié de la cruz estaba mirando cómo el Autor de la vida se despedía de ella. ¡Oh representación extraña! Piensa tú esto de espacio, que yo no lo tengo para decirte más por ahora.

DISCÍPULO. Hásmelo dicho tanto y tan bueno, que me parece que has descubierto en mi alma el Reino de Dios. Y creo firmemente que Cristo crucificado es la infalible puerta y entrada para él.

MAESTRO. Bien dices; pero advierte, que esta entrada en el Reino de gracia y de gloria, digo en el que Dios tiene en nosotros, y en el que tiene para nosotros, si somos de sus escogidos, la defienden doce fuertes jayanes, que al principio te dije, como los que defendían la entrada de la tierra de promisión contra los hijos de Israel; y si no se vencen y derriban por tierra, despídete del uno y del otro reino; mientras aquéllos vencidos, luego quedas rey en el Reino de gracia, y verás á Dios reinar en tí; el cual te asegura con su presencia el Reino de su gloria.

§ IX.

DISCÍPULO. ¿Qué enemigos son esos? Porque quiero comenzar luego á pelear con ellos.

MAESTRO. Yo te los diré y enseñaré cómo los puedes derribar y vencer. El primer impedimento del aprovechamiento espiritual es el desordenado amor á sí mismo ó á alguna criatura del mundo.

DISCÍPULO. ¿Qué tienes por desordenado amor á las criaturas?

MAESTRO. El que inficiona nuestra alma con varias imágenes y representaciones de ellas, y la perturba y distrae del actual amor de su Dios, aficionándola á ver, oír, gustar y saber cosas en que pura y principalmente no se busca la gloria del Criador. Y yo no sé cómo se puede decir que es espiritual el que tiene su corazón aficionado y apasionado á las riquezas y á los vestidos y aderezos personales, á los libros, alhajas exquisitas, curiosas y costosas, y otras cosas acomodadas á la vida humana, ora sean necesarias, ora supérfluas, si la afición llega á sentir sensual deleite en la posesión de lo dicho, y desconsuelo si fuese privado de ello. El que de esta manera vive aficionado, sin ninguna duda es propie-

tario á los ojos de Dios, porque la pobreza de espíritu, que predica y enseña el Evangelio, principalmente consiste en que de tal manera posea el hombre las cosas temporales como si no las poseyese (según dijo el Apóstol), aparejado siempre á carecer de ellas.

DISCÍPULO. ¿Cómo puede la carne dejar de sentir la pérdida de lo que con amor posee?

MAESTRO. Ese amor es el que procuramos destruir en ella; cuanto más, que no se ha de tomar el voto y parecer de ella, sino del ánimo desapasionado y de la razón, que enseña que todo cuanto tenemos es hacienda de Dios al quitar; el cual se queda con el señorío de todo, dándonos sólo el usufructo, ó sea la posesión de los bienes, por el tiempo que le parece y es su voluntad. Y presunción es de santo, no creer que de otra mano que de la suya puede venirnos ni mal, ni pena, ni bien alguno.

DISCÍPULO. Santo Tomás dice, que la perfección no consiste esencialmente en la pobreza y mengua de las cosas, sino en la escuela de Cristo, según las interiores virtudes.

MAESTRO. Dice muy bien, y así te digo yo que cualquiera que tiene libertad de ánimo y puede resignar todas sus cosas en el divino

beneplácito perfectamente, ora se las quite, ora se las aumente, y no quiere de ellas más que lo que sirve á la necesidad suya y honra de Dios, según todo su entendimiento, considerado el estado, condición, naturaleza y otras particularidades á que se ha de prestar atención, si supiese que agradaba más á Dios vendiéndolas y repartiéndolas á los pobres, y para hacer esto estuviese predispuesto, este tal tiene perfecta pobreza de espíritu. Y aunque la carne por su fragilidad se rebelase y murmurase algún tanto por la pérdida y destierro de ellas (que al fin somos pobres), no nos juzgaría ni condenaría Dios por este sentimiento de humanidad y naturaleza, sino por la voluntad determinada y dispuesta para cualquier suceso. Por eso debemos decir siempre con Job: «Dios me lo dió, Dios me lo quitó; sea por siempre su nombre bendito». Tal es la esencial pobreza, la que deben procurar todos los escogidos y perfectos, para que puedan siempre ofrecer al Señor desnudo, quieto y sin perturbaciones su corazón. Y con estas condiciones, puede uno con la posesión de un reino y de todo el mundo ser verdaderamente pobre. También quiero que sepas que por no haber profesado la regla de nuestro Padre San Francisco, en la cual prometiste la muy estrecha pobreza del Evange-

lio, eres perfecto, sino obligado con todas tus fuerzas á procurar la perfección, que consiste en el desprendimiento de todas las cosas del mundo; de manera que á ninguna de ellas el corazón esté inclinado ó aficionado, antes reciba con tedio y enfado las necesarias al uso y sustentación de la vida humana, como se lee de San Bernardo, que iba al refectorio á comer como si le llevasen al tormento; y esto para poder volar mejor á los abrazos de Jesucristo crucificado y amado, libre y desnudo el afecto mundano.

DISCÍPULO. Bien es menester pelear para vencer este gigante.

MAESTRO. Pocos hay que del todo le venzan, y por eso pocos que con libertad entren en el Reino de Dios, á donde sólo se halla su imagen sin otra de cosa criada. Esta pobreza es la primera en orden de aquellas ocho paradojas ó bienaventuranzas que predicó Cristo en el monte, y es como madre de todas las virtudes; porque como dijo muy bien San Ambrosio, el que menospreciase las cosas temporales, merecerá sin duda las eternas. Ni puede alguno alcanzar el mérito del celestial Reino, que poseído de la codicia del mundo no tiene libertad de sacar la cabeza y salir de sus tempestuosas aguas. Piensa, pues, bien en esto y reflexiónalo; porque si en esta

primera contienda sales victorioso, tus enemigos todos, sin mucha dificultad, se postrarán á tus piés. Y con esto me despido de tí por hoy. Y á la hora que esta tarde nos veremos mañana, siendo el Señor servido, y te descubriré los otros once enemigos que, puestos en acecho, asaltan á los que con descuido hacen estas jornadas, y los roban y saquean todas las riquezas del espíritu, y cierran las puertas y entradas al Reino de Dios. Él quede contigo. Amén.

